

La epístola es del capítulo I de los hechos de los apóstoles.

He hablado en mi primer libro, ó Teófilo, de todo lo que hizo y enseñó Jesus desde su principio, hasta el día en que fué recibido en el cielo, despues de haber instruido por el Espíritu Santo á los apóstoles, que él habia escogido. A los cuales se habia manifestado tambien despues de su pasion, dándoles muchas pruebas de que vivia, apareciéndoseles en el espacio de cuarenta dias, y hablándoles de las cosas tocantes al reino de Dios. Y comiendo con ellos, les mandó que no partiesen de Jerusalem, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, la cual, dijo, oisteis de mi boca; y es: que Juan bautizó con el agua; mas vosotros habeis de ser bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos dias. Entónces los que se hallaban presentes, le hicieron esta pregunta: Señor, ¿si será este el tiempo en que has de restituir el reino á Israel? A lo cual respondió Jesus: No os corresponde á vosotros el saber los tiempos y momentos que tiene el Padre reservados á su poder. Recibireis, sí, la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y me servireis de testigos en Jerusalem y en toda la Judea y Samaria, y hasta el cabo del mundo. Dicho esto se fué elevando á vista de ellos por los aires, hasta que una nube lo encubrió á sus ojos. Y estando atentos á mirar como iba subiéndose al cielo, he aquí que aparecieron cerca de ellos dos personajes con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: “Varones de Galilea, ¿por qué estais mirando al cielo? Este Jesus, que separándose de vosotros se ha subido al cielo, vendrá de la misma suerte que le acabais de ver subir allá.”

El evangelio es del capítulo XVI de San Marcos.

En aquel tiempo: Estando á la mesa los once discípulos, les apareció Jesus, y les dió en rostro con su incredulidad y dureza de corazon, porque no habian creído á los que le habian visto resucitado. Por último les dijo: “Id por todo el mun-

do: predicad el evangelio á todas las criaturas. El que creyere y se bautizare, se salvará; pero el que no creyere, será condenado. A los que creyeren, acompañarán estos milagros: en mi nombre lanzarán los demonios: hablarán nuevas lenguas: manosearán las serpientes; y si algun licor venenoso bebieren, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán éstos curados. Así el Señor Jesus, despues de haberles hablado fué elevado al cielo; y está sentado á la diestra de Dios. Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Considera que jamas hubo ni puede haber triunfo mas pomposo, mas glorioso, mas magnífico, ni mas augusto que el del Salvador del mundo en su Ascension al cielo. Por la palabra *triunfo* se entiende una ceremonia ó solemnidad, decretada para honrar á un general victorioso, que hace su entrada en la capital con el mayor aparato y magnificencia. En los triunfos el triunfador iba en una carroza coronado de laurel, precedido del senado, entre las aclamaciones de una infinidad de ciudadanos que lo rodeaban, publicando sus victorias: á esto se reducía la famosa fiesta que se hacia en honra del conquistador, la cual era siempre oscurecida por las lágrimas de los reyes cautivos que iban junto á la carroza cargados de cadenas, y que con sus gemidos interrumpian los gritos de alegría y las aclamaciones del pueblo. Imágen imperfecta; idea ciertamente indigna del triunfo de Jesucristo, y de la que debemos tener de su gloria. Si el mérito y la gloria de la victoria dependen de la calidad y de las fuerzas de las potencias vencidas: ¿qué victoria mas gloriosa que la que Jesucristo consiguió de todas las potestades del infierno y de la misma muerte, á las que todos los hombres estaban sujetos, y de las que eran

esclavos todos los hombres de cualquiera condicion que fuesen; príncipes, reyes, emperadores, conquistadores? Este vencedor del infierno y de la muerte hace hoy su entrada triunfante, no en la capital de una provincia, ó de un reino particular, sino en el cielo, hasta sobre el trono del mismo Dios. ¡Cuál será la grandeza de su triunfo!

Considera que la gloriosa Ascension del Salvador á los cielos, no es solamente un misterio de admiracion; es tambien un misterio de accion y de imitacion. Jesucristo deja la tierra, y nos enseña con esto que el cielo es nuestra única patria, y que en la tierra solo estamos como en un lugar de destierro. Debemos mirarnos aquí como peregrinos, como extranjeros. Puesto que Jesucristo, habiendo subido al cielo, está sentado á la diestra de su Padre, decia San Pablo á los colosenses; debeis vosotros desprenderos de la tierra, para no suspirar sino por el cielo. De aquí debe nacer un disgusto sumo á todas las cosas terrenas; de aquí un desprecio grande de todo lo que lisonjea, de todo lo que brilla en el mundo, de todo lo que deslumbra. Riquezas, honras, dignidades, puestos distinguidos, herencias copiosas, ¿qué teneis de sólido, que pueda saciar á un corazon á quien solo Dios puede llenar?

PETICION Y PROPOSITOS.

Sí, Dios mio; quanto puede halagarnos en la tierra, y quanto puede hallarsé en todo el universo, que no séais vos, es nada para llenar un corazon que vos habeis formado solo para vos. El sumo bien es el único que puede llenar el inmenso vacío, la capacidad sin término de que habeis dotado á nuestras almas, para que no aspiren á otro bien que á vos mismo. Este quiero, este busco, este solicita mi alma con el mayor anhelo: de todo renuncio, todo lo sacrifico por alcanzar mi deseo, que es hallarte y poseerte, y descansar en tí.

JACULATORIA.

¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Ni qué he amado en la tierra, sino á tí solo?

LECCION.

Sobre la bienaventuranza.

El primero, el mas activo y el mas natural deseo del hombre, es el de ser feliz: este deseo, grabado en su corazon, es el primero que comienza á desenvolverse y se deja ver en todas sus acciones, hasta el momento en que deja de palpitar. El mas vicioso busca en el pecado mismo su felicidad. ¡Engaño miserable! Pues su pretendida felicidad no es mas que una verdadera miseria, tanto mas digna de llorarse, quanto es menos conocida. Busquemos la verdadera felicidad donde está; si la buscamos sobre la tierra, estemos seguros de que no la encontraremos; las riquezas son perecederas, los placeres pasajeros, los honores falsos, y todo vanidad y nada. Busquemosla, pues, en el cielo, y allí la hallaremos: allí es donde se encuentran bienes seguros, placeres eternos y honores sólidos y verdaderos; los únicos que pueden saciarnos y hacer perfecta nuestra bienaventuranza: *seré saciado cuando apareciere tu gloria.* Sí, habrá bienes; pero no carnales y perecederos, sino superiores á todo lo que pueden comprender los sentidos. *Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazon del hombre puede comprender, dice San Pablo, lo que preparó Dios para aquellos que le aman.* Hay mas, en sentir de San Agustin, pues ni la fé misma que nos propone esos bienes, los puede concebir, ni la esperanza que mas se amplíe los puede abrazar; ni la caridad que todo lo comprende los puede contener: ellos exceden todos nuestros votos, todos nuestros deseos. ¡Cuán dignos somos de compasion! Al presente nécios, ignorantes, nos contentamos con un poco de oro, plata ó tierra, que todo es lo mismo. Si viéramos la gloria del Señor; si la contempláramos, al menos de cuando en cuando, nos veriamos obligados á dilatarnos y ensancharnos: sabriamos que nos está preparada una medida llena, apretada, colmada y sobreabundante de bienes, y de bienes seguros, que ni la envidia de los hombres, ni la rábida

de los demonios pueden quitarnos. Los bienaventurados están colocados en unos tronos eternamente exentos de toda miseria y de toda turbacion. La razon de esto es, porque gozan de Dios, sumo bien, y fuente de todo bien, de un modo tan perfecto que jamas le pueden perder. El espíritu humano se une tan íntimamente con Dios por la vision beatífica que, en sentencia de San Agustin, en cierto modo se diviniza. ¿Habrá riqueza mas segura, recompensa mas abundante?

Mas no solo hay esto; los placeres de la otra vida son eternos: *Serán embriagados de la abundancia de tu casa, y les darás de beber en el torrente de tu deleite*, dice David; y Jesucristo, segun nos refiere San Juan: *El que bebiere del agua, que yo le daré, nunca jamas tendrá sed. Si todas las criaturas juntas comparadas con Dios son infinitamente menos que lo es una gota de agua respecto de toda la del mar, todos los placeres que el mundo nos puede prestar, son nada respecto de lo que Dios nos puede dar. Cuando esta Magestad bienhechora entra en el alma, ensancha, extiende y eleva el corazon del hombre mucho mas allá de lo que se puede imaginar, para hacerle capaz de recibir aquella abundancia de gozo con que se complace en embriagarla; gozo que será eterno, y que no se medirá por el tiempo: ¡felicis desprecios y humillaciones de esta vida, que tantos y tan grandes placeres nos grangean para la otra! Siendo imágenes de Jesucristo, cabeza de los predestinados, debemos tener alguna parte en el oprobio é ignominia de su cruz; pero si padecemos delante de los hombres, nuestra esperanza está llena de la inmortalidad que nos está prometida. Dios mismo enjugará nuestras lágrimas; ya no habrá mas dolor ni mas gemidos; pasó el tiempo de las aflicciones y vino la eternidad de las dulzuras: los hombres nos vituperaron acá en la tierra, y Dios nos elogia allá en el cielo: nos llenaron de ignominia; mas Dios nos coronará de gloria; fuimos tenidos por fanáticos é insensatos; mas entonces seremos colocados entre los hijos de Dios. Grande es la gloria con que se honran los amigos de Dios; con poderosa firmeza está establecido su principado; su reino, que es el de Jesucristo, será eterno. Mas cuan-*

to hemos dicho hasta aquí, es nada de lo que en realidad hay prometido á los que guardan fielmente la ley del Crucificado: hagamos, pues, todos los esfuerzos posibles para llegar al cielo; pongamos en práctica todos los medios que nos han de servir para este efecto.

Hemos dicho que en el cielo hay bienes seguros, placeres eternos y honores verdaderos. Pues para merecer estos bienes es necesario desprenderse de los de la tierra; para poseer á Jesucristo en la otra vida, es preciso seguirle en ésta, y caminar por la senda que él mismo nos demarcó. *Quien en pos de mí quisiere venir, niéguese á sí mismo, tome su cruz cada dia, y sígame.* Lo primero que debemos hacer, si queremos subir con Jesucristo á las mansiones de su Padre, es renunciarnos á nosotros mismos, esto es, desprendernos de todo lo que nos lisongea y nos hace seguir las inclinaciones de la naturaleza corrompida; resistir al apego desreglado de las cosas de la tierra, y aficionarnos á las del cielo, donde está nuestro único tesoro. Este desprendimiento que Dios exige de nosotros para darnos los bienes celestiales, no es otra cosa que la pobreza de espíritu y de corazon: no se distinguen los pobres de los ricos en los bienes que unos tienen, y de que otros carecen, sino en el corazon; á este solo es al que Dios registra y examina. ¿De qué sirve, pregunta San Agustin, estar desnudos de los bienes de este mundo, si estamos llenos del deseo de tenerlos? Si se tienen bienes debemos servirnos de ellos con moderacion, esto es, usarlos, no gozarlos. Si se carece de ellos, contentémonos con nuestra suerte, y de este modo tendremos un perfecto desapego, una renuncia de nosotros mismos, y de los deseos del siglo, que es el primer paso que debe darse en el camino de la salvacion: paseemos al segundo.

Es necesario llevar nuestra cruz, mortificando incesantemente nuestras pasiones, y no hay porque espantarse en esto; la recompensa sobrepuja á toda esta pena, porque el corto y ligero momento que han de durar en ésta vida, producirá en nosotros algun dia un gozo eterno de gloria. Es preciso sembrar aquí lágrimas y gemidos, para recoger allá frutos de gozo y de

placer: hacerse violencia para arrebatarse el reino de los cielos, llevar su cruz, y llevarla con perseverancia y fidelidad. En fin, es necesario seguir á Jesucristo. Nadie se puede salvar sino conformándose á este divino modelo, bebiendo del cáliz amargo de que él bebió, si queremos tener parte en el reino de los cielos. En la casa del Padre celestial hay muchas moradas, dice el Hijo divino: hagamos, pues, todos los esfuerzos para ocupar una de éstas, démonos prisa á entrar en aquel bienaventurado descanso. Nuestra vida es corta; acaso nos restan ya muy pocos años para rendir la cuenta de lo que hemos trabajado en la viña del padre de familias: ¿mereceremos la bienaventuranza? ¿Qué es lo que responde nuestra conciencia? Apresurémonos á enmendar los yerros cometidos; no hay que perder tiempo, porque cuando menos lo pensemos vendrá la noche, esto es, la muerte, y entónces ya no podremos trabajar. Los bienes que nos están prometidos son seguros, nadie nos los podrá quitar: los placeres jamás se acabarán, y los honores son verdaderos y sólidos: hagámonos, pues, dignos de ellos, abandonando los de la tierra, tomando nuestra cruz y siguiendo á Jesucristo; de este modo entraremos á reinar eternamente con él.

DOMINGO

DESPUES DE LA ASCENSION.

Teniendo relacion con el misterio de la gloriosa Ascension del Salvador, todo lo que contiene el oficio y la Misa de esta dominica, puede decirse que no es mas que una continuacion de aquella solemnidad. En el introito de la Misa se ven los sentimientos de una alma, ó mejor diremos, de toda la naciente iglesia, que despues de la Ascension de Jesucristo á los cielos, se encuentra en la tierra á la vista de sus encarnizados enemigos que pretenden sufocarle en la cuna, y clama á su divino Esposo, pidiéndole su auxilio y proteccion soberana contra sus

perseguidores. “Escuchad, Dios mio, los clamores que os dirijo en este lugar de destierro, en donde no puedo menos que gemir despues que os habeis ausentado. Perdiendoos de vista, he perdido todo mi consuelo; mas sabiendo que estais en el cielo, siento que se aumenta mi confianza. Expuesta á todos los tiros de mis enemigos, agitada sin cesar por sus maquinaciones en el fuego de la mas furiosa persecucion, clamo á vos, porque vos sois todo mi auxilio, mi apoyo y mi fortaleza; pero clamo llena de confianza y valor, porque sé que vos no abandonaréis jamás á vuestra amada Esposa, y nunca os hareis sordo á sus ruegos y votos. Yo sé bien la ternura de vuestro corazon para con esta vuestra Esposa amada, y por lo mismo creo firmemente que sus suspiros no pueden dejar de moveros y atraerle vuestro auxilio.” Semejante era la confianza que David tenia en Dios, cuando perseguido de Saul, compuso el Salmo de que se ha tomado este introito.

La Epístola de la Misa de este dia es tomada de la primera de San Pedro, en que este santo apóstol hace un resumen de las virtudes cristianas, dando á los fieles excelentes reglas á que deben conformar su conducta, y enseñándolos á vivir segun el espíritu y las máximas del Evangelio. Purificada por la sangre del Salvador la masa de los hijos de Adan de la corrupcion del pecado; hecha por el bautismo una nueva conspersion, un pan sin levadura, un pan ázimo, era por el ministerio apostólico, dice un santo padre, por quien debia conservarse en la pureza recibida; y atendiendo á este deber el Príncipe de los apóstoles, le dicta las máximas y reglas de cuya observancia pudiese obtener aquel saludable efecto. La ausencia corporal de Jesucristo, no privaba á la Iglesia de la asistencia de su espíritu; mas el que debia venirle con la divina palabra, habia de recibirlo en la instruccion y enseñanza de los pastores y conductores que le habia dado.

Conducios prudentemente en todo, dice á los fieles el santo apóstol, y no os contentéis con orar durante el dia; pasad tambien en oracion una parte de la noche. Aquí el apóstol, no solo nos exhorta á consagrar á la oracion un tiempo tan oportuno